

El amoroso caos de Paul Auster

Eve Gil

Eve Gil

(Hermosillo, Sonora). Autora de la novela *El suplicio de Adán*. Obtuvo el Premio Nacional de Cuento Efraín Huerta 2006.
evelinamaria@gmail.com

¿Qué es un escritor? «El escritor –responde Paul Auster en su autobiografía *A salto de mata* – no «elige una profesión», como el que se hace médico o policía. No se trata tanto de escoger como de ser escogido, y una vez que se acepta el hecho de que no se vale para otra cosa, hay que estar preparado para recorrer un largo y penoso camino durante el resto de su vida.» El escritor, el auténtico escritor, a menos que sea un tocado de los dioses, continúa Auster, deberá agenciarse una vía alterna de subsistencia, es decir, trabajar el doble que cualquier mortal, lo cual constituye un dudoso privilegio. *A salto de mata* es, de hecho, el testimonio de ese «largo y penoso» camino recorrido por el hoy Premio Príncipe de Asturias; el mismo inexorable camino que ha de recorrer todo aquel cogido por el, llamémosle, demonio de la escritura, en pos de la conquista del derecho de ya no hacer otra cosa en la vida sino escribir. Mozo de un barco petrolero, articulista, traductor del francés, guionista, hasta inventor de un juego de cartas, fueron algunos de los oficios que tuvo que alternar con la escritura en los años aciagos, que fueron muchos, pues no logró publicar un libro sino hasta casi

los cuarenta años... y aquella primera novela, *Juego de presión*, fue por cierto un monumental fracaso que actualmente circula como obra de culto entre los amantes de Auster.

Para conquistar el derecho de vivir de la escritura, pues, se ha de asumir la condición humana no como una circunstancia sino como una responsabilidad. En la práctica consciente de la propia humanidad germina ese misterio que indiscriminadamente llamamos «estilo», pues el primordial instrumento de trabajo de la escritura, más incluso que la máquina, la pluma o el diccionario, es la capacidad para desentrañar la esencia de cada individuo y explicarla según la particular visión del mundo. Uno de sus primeros libros exitosos, *La invención del padre* (Compactos Anagrama, 1994), es un admirable botón de muestra de hasta qué punto el autor entrenó su asimilación cabal de lo humano, aún tratándose de hechos que le conciernen en forma más que directa por tratarse de asuntos familiares: «Mi abuela mató a mi abuelo. El 13 de enero de 1919, exactamente sesenta años antes de que muriera mi padre, su madre disparó y mató a su marido en la cocina de la casa de



Fremont Avenue en Kenosha, Winsconsin. Los hechos en sí no me atormentan más de lo que cabría esperarse. Lo difícil es verlos impresos, desenterrarlos del ámbito de lo secreto, por así decirlo, y convertidos en suceso público (...)» (p. 55). De ahí que a muchos Paul Auster (Nueva Jersey, 1947) nos sea tan entrañable, pues nunca deja de mirarse y mirarnos con la desencantada ternura del escritor al que nadie quería publicar y que, nutrido de incompreensión y de rechazos adquirió el incommensurable don de reírse no del mundo sino *con* el mundo. El secreto del éxito de Auster, que sin proponérselo encontró la veta para cumplir la premisa garciamarquesiana de «escribir para que me quieran», ha sido retener el espíritu del joven escritor desalentado, más abnegado que cínico, que escribe no por esperanza sino para seguir respirando. Su renuencia a desprenderse de su destartalada máquina Olympia, a la que incluso le escribió un libro, *Historia de mi máquina de escribir*, lo que hace de Auster el último clásico norteamericano (aunque su esposa, la también novelista Siri Husvedt, tiene su propia Olympia), no es una pose sino una forma de garantizar a su escritura

ese talante de irónica melancolía que exige el acompañamiento del golpeteo nostálgico de las teclas: «No me parecía bien, por principio –continúa Auster quien, contrario a lo que podría suponerse, fue un doctorando ejemplar de la Universidad de Columbia-, que un escritor se refugiase en la universidad, rodeándose de personas afines y viviendo demasiado a gusto. Existía un riesgo de autocomplacencia, y una vez que cae en ella, el escritor puede darse por vencido.» Así pues, Auster le apostó la condición privilegiada como docente de una de las más prestigiadas universidades del mundo a la escritura. Apostó y ganó.

La concesión del Premio Príncipe de Asturias para el que estaban postulados los candidatos al Nóbel Amos Oz y Phillip Roth, no es algo que Auster haya buscado (ni siquiera sabía que su agente lo había propuesto); tampoco le brinda un goce superior al de la experimentación del cotidiano misterio de la escritura, aunque resulta harto significativo el hecho de que el jurado haya considerado que su literatura representa una renovación al fusionar lo mejor de las tradiciones americana y europea (Auster desciende directamente de

franceses), si bien el aludido ha declarado no hacerlo de manera consciente. Escribir: ese ha sido el verdadero premio para Auster. Lo más hermoso del asunto es que sus libros reflejan esa circunstancia. Hay en su prosa una exaltación continua de la propia escritura y de la escritura de otros, un regodeo del inmediato placer de estarse saliendo con la suya, de ahí que toda su narrativa encierre un aliento autobiográfico, aún cuando Auster trabaja esencialmente con su imaginación. Lo último que le preocupa, y eso también se vuelve evidente, es satisfacer a una masa anónima, pues de hecho no escribe para nadie y, aunque suene a egoísmo, no piensa sino en satisfacer al lector que lo habita. Ese es el arte: un acto de autogratificación que terminará gratificando a sus receptores. Esto es verificable en el carácter intimista de la obra de Auster; carácter que no cancela, sin embargo, la posibilidad de una injerencia activa de terceros en la hermética intimidad que distingue a sus protagonistas, seres solitarios que se identifican en el camino con las soledades de otros. Los héroes austerianos invariablemente iniciarán una pesquisa que, suponen, les concierne sólo a ellos para descubrir, hacia el final, que no será posible alcanzar solos la meta. En su más reciente novela, *Brooklyn follies* (Anagrama, 2006), la búsqueda de soledad de un individuo termina generando a su alrededor una verdadera hermandad de solitarios que, como tales, son seres excéntricos: Nathan Glass es un sobreviviente del cáncer, recién divorciado, que desea plasmar sus experiencias en un libro y para lo cual se muda a un barrio bohemio de

Brooklyn, sin imaginar que se topará con un querido sobrino al que no veía desde hace muchos años, Tom, quien fugitivo, como el propio Auster, de las aulas universitarias, ha optado por conducir un taxi para incrementar sus vivencias. Harry Brightman, el entrañable homosexual, propietario de una librería de segunda mano, vendrá a reforzar el nudo de la mutua retroalimentación literaria: «El antiguo doctorando y erudito (Tom) se aclaró la garganta y me pidió licencia para expresar su desacuerdo. No había normas en lo que se refería a escribir, afirmó. Cuando se consideraba la vida de los poetas y novelistas, se acababa frente al más absoluto caos, una infinita sucesión de anomalías. Eso se debía al hecho de que escribiera una enfermedad, prosiguió Tom, algo así como una infección o una gripe del espíritu que podía atacar a cualquiera en el momento más insospechado.» (p. 154). La descripción que de la interioridad del escritor realiza Tom, podría aplicarse tal cual al universo narrativo de Auster: una infinita sucesión de anomalías donde la literatura, su quehacer y su práctica, se torna una especie de enfermedad, de compulsión, como en *El libro de las ilusiones* (Anagrama, 2003): «La vida era un sueño febril, descubrió, y la realidad un universo sin fundamento, un hecho de fantasías y alucinaciones, donde todo lo imaginario se hacía real.» La narrativa de Auster parte de la premisa de que lo verdaderamente real es lo que escapa a la atención de los seres ordinarios; edifica una realidad paralela con base en los acontecimientos que de manera excepcional rasgan la cotidianidad de las grandes ciudades, es decir, nada de lo



A. van der Horst.

que ocurre en sus novelas es inexplicable o extraordinario, simplemente es una recreación de las paradojas de la existencia común. *La noche del oráculo*, por ejemplo (Anagrama, 2004), pareciera una sucesión de hechos extraños que no son sino los incidentes propios de la visión y la memoria de un escritor asaltado por una serie de coincidencias relacionadas con su escritura del momento, fenómeno fácilmente certificable por otros escritores de carne y hueso: «Dios apartó la vista de nosotros y abandonó el mundo para siempre. Y yo estuve allí para presenciarlo.» (p. 103).

Llamado por los críticos «el escritor del azar», la genialidad de Auster reside, sin embargo, en su forma de aplicar este factor que, por lo general, no es sino una vía de escape para una trama demasiado intrincada, particularmente dentro del género negro del que Auster ha tomado la estructura del suspense. En su novelística el azar cumple, en efecto, una fun-

ción medular, sin embargo se efectúa por medio de la lógica y no del recurso desesperado. Como ilustra la frase anterior, los protagonistas parecen estar siempre en el lugar adecuado, en el momento preciso para presenciar cómo Dios le da la espalda al mundo. Sus personajes, tan espontáneos, tan dolorosamente vivos, podrían decir exactamente lo mismo que de sus clientes dice Max Klein, el detective de la primera novela publicada de Auster, una novela negra titulada *Jugada de presión*, recientemente publicada en la colección Compactos de Anagrama, y que Auster firmó como Paul Benjamín: «Puede que cueste entenderlo, pero yo no elijo a mis clientes, y no estoy en condiciones de emitir un juicio sobre sus cualidades morales. Me vienen con sus problemas concretos y yo hago lo posible por resolverlos. No les exijo que me presenten cartas de recomendación.» (p. 88). 🗨